

LAS CIUDADES EN LA HISTORIA

EDUARDO KINGMAN GARCES

Coordinador

Lucas Achig/Jorge Benavides S./Adrian Carrasco/

José Luis Coraggio/Claudio Cordero/

María Eugenia Castelo/Manuel Chiriboga/Inés del Pino/

Rosa Ferrín/Ana María Goetschel/Henry Godard/

Iván González/Ramón Gutiérrez/César Hermida Bustos/

Eduardo F. Kingman G./Nicolás Kingman R./

Fernando Landívar/Carlos Larrea/Cecilia Mantilla/

Rubén Moreira/Martha Moscoso/Antonio Narváez/

Alfonso Ortiz/Carlos Ortiz/Galo Ramón/

Victor Hugo Torres/Gaitán Villavicencio.

LAS CIUDADES EN LA HISTORIA

Coordinador: Eduardo Kingman Garcés

Primera Edición: CIUDAD, 1989

Copyright: CIUDAD

Quito, Ecuador, 1989

Portada: CIUDAD. Dibujo tomado de "Ciudades del Antiguo Perú".
Ilustraciones de Huamán Poma. México, 1984.

307.76 Kingman Garcés, Eduardo.(Coordinador)
K 927c Las ciudades en la Historia. CIUDAD,
Quito, 1989, 456p.

/HISTORIA // ASENTAMIENTOS HUMANOS/
/CIUDADES INTERMEDIAS // VIDA COTIDIANA/.



Este libro se terminó de imprimir en octubre de 1989
en los talleres del Centro de Investigaciones CIUDAD.

INDICE

Presentación	7
Introducción	9

1. VISIONES DE CONJUNTO

Quito: La conquista del territorio de la ciudad <i>Antonio Narvaez</i>	25
Los municipios ecuatorianos: historia de una derrota <i>Víctor Hugo Torres</i>	45
La reconstrucción histórica de procesos de transición social <i>José Luis Coraggio</i>	59

2. LOS ASENTAMIENTOS ANDINOS

El territorio y los asentamientos en las sociedades norandinas <i>Galo Ramón</i>	81
Características de la arquitectura prehispánica del Ecuador <i>Inés del Pino</i>	135

3. CIUDADES Y PROCESO COLONIAL

Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial español en el territorio de la antigua Audiencia de Quito <i>Alfonso Ortiz Crespo</i>	161
El urbanismo en el Ecuador: los orígenes de Quito <i>Jorge Benavides Solís</i>	187
Los orígenes urbanos de Cuenca <i>Iván González</i>	207

4. CIUDADES Y TRANSICION

Ecuador.- Transformaciones urbanas y arquitectónicas en la primera mitad del siglo XX <i>Rubén Moreira</i>	233
Ciudad y campo en la costa durante el período cacaotero <i>Manuel Chiriboga</i>	249

La nueva Guayaquil entre la utopía y la modelística <i>Ramón Gitiérrez</i>	257
Rol del capital comercial y usurario en el desarrollo de Bahía de Caráquez <i>Rosa Ferrín Schettini</i>	269

5. LAS CIUDADES INTERMEDIAS

Modernización agrícola y debilidad del poder municipal: El caso de Quevedo <i>Gaitán Villavicencio / Henry Godard</i>	297
El proceso de crecimiento urbano de Macas <i>Lucas Achig / Fernando Landívar</i>	311
Agroexportación y estructura social en Machala 1948 - 1984 <i>Carlos Larrea Maldonado</i>	325

6. CIUDADES Y MUNDO INDIGENA

Indígenas y ciudades en el siglo XVI <i>Martha Moscoso</i>	343
Obras públicas y fuerza de trabajo indígena (El caso de la Provin- cia de Pichincha) <i>Eduardo Francisco Kingman G. / Ana María Goetchel / Cecilia Mantilla</i>	357

7. CIUDAD Y VIDA COTIDIANA

Los hospitales de Quito. Caracterización histórico geográfica <i>César Hermida Bustos / María Eugenia Castelo</i>	387
La participación de los indígenas en las obras públicas y los ser- vicios de la ciudad de Quito en el último tercio del siglo XX <i>Ana María Goetchel / Eduardo Kingman</i>	397
Riobamba en la primera mitad del siglo XX <i>Carlos Ortiz Arellano</i>	405
El humor de los quiteños <i>Nicolás Kingman</i>	419
Testimonio de la transición de una sociedad patriarcal a la sociedad burguesa en Cuenca: "La Escoba" <i>Adrian Carrasco Vintimilla / Claudio Cordero Espinosa</i>	423

EL HUMOR DE LOS QUITENOS

Nicolás Kingman

Mucho se ha dicho y ponderado, pero poco se ha escrito, acerca del humor e ingeniosidad del quiteño. Del que nació quiteño o del que, provinciano, asimiló actitudes, usos y resabios de aquel que por tradición fue propenso a la risa, al chiste y a la sátira y que, con personalidad y sello propios, los hizo parte de su estilo y forma de ser habituales. Con el decurrir del tiempo, la llamada "sal quiteña" se ha mitificado y no hay quien no se sienta un tanto dueño de esa especie de don que ha sido privilegio de pocos y patrimonio de todos. Pero no obstante el panegírico y los alardes sobre su originalidad, cabe preguntar en qué consistió o consiste (caso de aún existir) ese atributo del habitante de estas altas latitudes.

En alguna ocasión me referí a lo que sobre este tema acotaba Benjamín Carrión, y ahora tiene que perdonárseme por insistir en ello, porque sus conceptos (que no fueron polémicos) cobran actualidad cuando graciosos "espontáneos", sin una pizca de humorismo, suelen atormentarnos con sus chistes desde las pantallas de televisión o también en el caso de ciertos rotativos (medios, según el nuevo léxico), que con un sofisticado afán jocoso han hecho del chiste una rutina rebuscada y empalagosa y lo han vuelto ascético y desabrido, en vez de gracioso, ajeno al clásico *l'esprit* citadino. Creía Carrión que Quito, **ciudad austera, trascendente, pensativa, más nostálgica que alegre**, no tenía propensión al chiste por su mestizaje humano y su panorama agreste de urbe asentada entre los pliegues rugosos de la catástrofe andina. Y puede ser así. Puede ser que en lo íntimo del ciudadano no haya humor, sino tedio y quizás mucho de frustración y amargura. Tedio y no **spleen** a lo inglés, a lo **Oscar Wilde**, que imprimió un sentido del humor refinado y esteticista en las postrimerías de la era victoriana. Tedio también en cuanto a la insatisfacción y al deseo de evadirse de un medio pacato y mezquino, lleno de prejuicios y discriminaciones sociales. Y frustración ante la realidad de un universo limitado y evanescente, donde todo marchaba a un mismo compás lento, sincrónico, y se volvía inaccesible a una clase media preterida y relegada que, en definitiva, era la sustentadora de aquel humorismo amargo y patético que la tipificaba.

Me estoy refiriendo, claro está, a una época. A una etapa en la cual la ciudad aún no adquiría los contornos de urbe metropolitana y en la que la vida era cadenciosa, burocrática y provinciana. Cuando aún se trajinaba en tranvía

y viajar al extranjero era una aventura marítima que obligaba al errabundo a testar, a exigencia de sus herederos.

La imagen del chulla quiteño ha quedado grabada en los intersticios de la antigua ciudad (de la que ahora sólo parece haber cambiado de inquilinos), en los ecos rumorosos de los portales de la Plaza Grande y en el hueco de las tabernas. ¿Fue acaso el chulla el producto paradójico de esa sociedad ambigua y cicatera que mediatizaba a quienes no procedían de la casta de terratenientes y de las viejas familias que ostentaban un supuestamente abolenso? Figura paradigmática la de aquel que por su industrioso ingenio adquirió renombre en el ámbito local y trascendió en lo nacional. Pinturero, dicharachero, socarrón y ladino; irreverente y audaz, buscó quizás sin encontrarla, una vía de escape y su inopia y desesperanza usando y abusando del recurso humorístico como fuente distintiva de su personalidad y de su existencia fluctuante entre una bohemia desarreglada y un burocratismo sin figuración, subordinado a los vaivenes de la política y a los repentinos cambios de gobierno.

El vocablo **chulla** en idioma quichua significa imparidad, o sea que se aplica a todo lo que es indivisible, solo, único y que no forma pareja. Los filólogos y los quichuistas sabrán decirnos si de ahí se deriva este adjetivo con el que se conocía (¿se conoce aún?) a este personaje arquetipo producto de los estratos medios pauperizados. Pero el verdadero sentido que se le daba a la palabra no era encomiástico, y por el contrario, tenía mucho de despectivo, ya que más aludía a su pobreza que a su individualismo e ingeniosidades. De ahí que aquello de **chulla leva sin calé** contenía una intención peyorativa con la que se trataba de poner en evidencia la poca consideración que merecía por parte de quienes presumían de potentados.

Vienen estas disquisiciones sobre el chulla quiteño, acaso ya inexistente, porque de él se afora su indudable vena humorística, su comicidad y hasta su oportunismo. Su figura se volvió legendaria; se lo ensalzó, se le hicieron canciones y su vida dispendiosa y paradójica fue llevada a la novela. Pero no todo lo que de él se ha dicho excluye a otros elementos representativos de las demás capas sociales que llegaron a configurar un estilo propio -quiteño- en cuanto al constante ejercicio de la ironía, la sátira y la parodia.

En el pueblo es todavía posible encontrar una cierta actitud sardónica y mordaz, no ausente de gracejo, con la que suele hacer fisga de los que le son ajenos. El lenguaje de las vivanderas, su manera de expresarse entre agresiva y burlesca cuando fingen aceptar una rebaja en el precio de sus vituallas empleando el consabido **también le daré yapando mi bonita**, es a no dudarlo un tono de humor mordaz, no exento de ironía. El artesano,

el obrero y hasta el taxista, usan asimismo de un sonsonete asaz despectivo y zumbón al dirigirse a aquellos con quienes se ven obligados a guardar distancia. Ese tildar de "caballerito" o de "jefecito" a quienes intuitivamente considera no merecedores de ese trato, bien puede ser parte de su predisposición al equívoco sutil y chancero.

En determinados sectores de la burguesía culta, el humor en cambio ha tenido un acento elitista y excluyente. A diferencia de la clase media que suele hacer mofa de sus proplas desgracias, por ser la más receptiva e inconforme, su tendencia ha sido la de satirizar con acritud en detrimento de todo lo que no pertenece a sus círculos.

En el quiteño del tiempo de los mentideros del Portal de Salinas, el chiste aflora diariamente y es incisivo, acerado y demoledor. Bajo sus arquerías se formaban corrillos para murmurar del prójimo o comentar de política, las diferencias sociales se nivelaban y hasta el discriminado chulla entraba a competir con sus desplantes y agudezas, volviéndose imprescindible su presencia. De esos conciliábulos saldrían las "bolas" que habrían de acelerar la caída del gobierno a quien iban dedicadas burlas y acrimonias.

Porque ese humor que trascendió lo local y cobró fama, brotaba de manera espontánea en las tertulias y nada tenía que ver con el chascarrillo chabacano o la historieta erótica tan arraigada en el vulgo y en las áreas populares de todas partes. Mas bien consistía en el exabrupto y la **boutade** dichos con oportunidad y a contrapelo. El cuento humorístico que nos es peculiar y que denominamos **cacho**, de gran acogida y difusión, más bien es de carácter costumbrista y se fabula para ridiculizar al provinciano (al **chagra** o en su caso al **mono**, cuando tiene intenciones regionalistas) parodiando sus maneras y sus usos dialectales. En esta virtud, por lo general está ausente de lubricidad y pornografía.

Otra de las manifestaciones de alegría del pueblo quiteño fueron las mascaradas de "inocentes". Comparsas disfrazadas de lo inimaginable danzaban en calles y plazas con un regocijo desbordante, pero la figura más popular era la del payaso porque solía recitar y cantar coplas y seguidillas de satírica intención. Enjambres de muchachos lo seguían por las empinadas calles coreando un estribillo burlón de **payaso que no valís / al diablo te parecís** hasta que el **clown** accediera a darles la llamada "lección" consistente en una copla pícarasca como ésta:

Las mujeres de este tiempo
son como el alacrán,
al ver al hombre sin plata,
alzan la cola y se van.

A grandes rasgos y con inocultables deficiencias, he tratado de definir algunas de las facetas del humor de los quiteños. Ocasión habrá para hablar de los intelectuales, de los escritores y artistas, de los comediantes y sobre todo de los caricaturistas, que por generaciones han sido actores, testigos e intérpretes del espíritu de la ciudad y de su idiosincrasia, ya que pese a sus cambios y transformaciones, la risa (como dice un autor) sigue siendo para ella un asunto muy serio.